



DON MANUEL AZAÑA

...Azaña antes de ser diputado, ministro, jefe del Gobierno y primer Magistrado de su país no era político sino solamente un literato de gran categoría mental. Su vida la circunscribía a sus goces espirituales. Estudiaba, disertaba y escribía con tesón y gustosamente sobre Arte, Crítica, Historia, Novela, Teatro... distinguiéndose en todo como un docto maestro.

Su cultura era enciclopédica, de ahí que pudiera ser, con la base de su peregrino ingenio, un delicioso conversador y un formidable polemista.

Fuera de su biblioteca, de sus tertulias literarias, de sus asiduas lecturas y de sus libros en preparación, ningún problema le interesaba... a no ser la postración política de su Patria.

Porque como espíritu refinado e independiente que era, se rebelaba contra el atraso político de España, contra su estancamiento general injusto, contra la paupérrima condición de los campesinos, contra la deprimente situación de los obreros víctimas de atroces desigualdades sociales; contra las castas privilegiadas beneficiarias de situaciones de excepción que irritaban al pueblo. Y como él comprendía al pueblo preterido y vejado, se identificó con las masas. Y así, poco a poco, día a día, en su "peña" literaria, en las conferencias y justas del Ateneo y en las lides periodísticas, iba entrando paso a paso en el carril de la política sin premeditarlo y sin quererlo pero fatalmente porque la fuerza de la opinión pública arrollaba no sólo al obrero y al burócrata, al burgués y al labriego sino también, como era lógico, al intelectual.

* * *

Cuenta Lamartine que en sus conversaciones con Thiers, en-

trambos habían convenido en excluir la política; resultándoles vano el propósito porque “ella se les entraba sin embargo por la ventana abierta”. Así me imagino yo que fueran las charlas de don Manuel Azaña con sus contertulios del Ateneo de Madrid: en ellas se comenzaba a hablar de libros, poetas, *ballets*, pintores y comediantes, cuando insensiblemente la política se les entraba por la ventana abierta.

Y con razón porque el intelectual, espíritu más sensible que el común de las gentes, entienden mejor el alcance de la política y tiene el raciocinio más alerta y capaz para juzgar los problemas ingentes de su país y la conducta de sus estadistas.

* * *

¿Fue don Manuel Azaña un político nato? Tal vez, pero en tal caso sus facultades no se le revelaron en su primera juventud. Quizá nuestro prohombre no se diera cuenta en muchos años de que tenía la emoción creadora, el empuje, y las pasiones de un político. Azaña no se descubrió a sí mismo como tal, lo descubrieron los demás y lo consagraron y arrastraron las muchedumbres.

Antes no era sino un escritor de viso, un refinado artista de la palabra hablada y escrita; un “microcosmos” que se bastaba a sí propio enclaustrado en su soberbio mundo interior. Eso era y eso habría seguido siendo si la corriente popular no lo hubiera conducido por donde quiso llevarlo. Porque una vez dentro de la cruzada patriótica de España no pudo sustraerse, ni quiso sustraerse a la vida pública por decencia y por incontenibles vocaciones que en él eran lumbres siempre encendidas. Cruzada dije, porque sus campañas tesoneras, eso fueron, las de un cruzado enfervorecido en la conquista de la Democracia y la República.

Por eso decía en las Cortes: “...Nos ha sostenido Señores Diputados esa pasión íntima que yo no se describir y que consiste en el placer inefable de crear cosas, de sacar a la vida cosas inexistentes, pero necesitadas por la conciencia nacional y por el espíritu público; nos ha sostenido el ansia, el placer, el goce que unas veces es de artistas y otras de modestos artesanos, de hacer las cosas mejor de lo que eran antes de venir a nuestras manos y he sentido muchas veces el placer, casi hasta las lágrimas de que una

cosa que yo había hecho, dejaba otras anteriores mejor que estaban, y decía para mí: “Nadie sabrá lo que he hecho, pero el que venga lo encontrará”.

Oh sí, el quería delante del Estado... servir y llevar a los menesertes más humildes y más prosaicos de los que gobiernan, una llama, un rayo de esa pasión republicana y española que brillará siempre en el ápice de nuestras almas...

“La República necesita crear una clase social nueva; no le basta con arrancar privilegios injustos, con nivelar según la moral nuestra; necesita crear, no intereses según vulgarmente se expresan, sino clases de ciudadanos que en la República hayan encontrado su razón de vivir socialmente”.

Así era su buena fe, así era su mística patriótica; porque en Manuel Azaña el patriotismo era misticismo, llegando a tan altas cimas su estimación por la política que sobre ella hizo esta sentencia: “La política es la aplicación más amplia, más profunda, más formal y completa de las capacidades de un espíritu, donde juegan más las dotes del ser humano, y donde no juegan sólo cualidades del entendimiento, sino además y principalmente cualidades del carácter.

“La política consiste en realizar. La política se parece al arte en ser creación. La política es confianza en el esfuerzo, optimismo”.

Definiendo así la política él quería por medio de ella ennoblecir la personalidad de España levantándola a eminencias espirituales y de progreso material como nunca los hubiera gozado.

“Para mí la República —decía es un régimen de civilización, de creación, de pacificación: fuente de invenciones y de engrandecimientos españoles... es un instrumento de creación española...”

“He querido en España una República civil, pacífica, de autoridad. La República dirigida por la inteligencia despierta y ágil y con la mira puesta en alturas que sobrepasan a las más eminentes alturas de todos los partidos y de todas las divisiones de la sociedad Española”.

“...El republicanismo tiene que rehacerse todos los días con una disciplina de acero, con una abnegación total y con un vigor que se manifieste en algo más que en palabras... antes que la constitución, está la República y por encima y antes que la República está el impulso soberano del pueblo que la creó...”

“Si hablo así —decía en otra ocasión— es porque he tomado en serio la función pública. ¡República Española... Civilización Española!, tabla a la que uno está adherido para salvarse en la vida humana, para salvarse en el paso por la tierra donde uno ha nacido, afán de que vuelva a surcar el cielo de la historia un rayo de civilización española, pasión de mi alma que no me da vergüenza confesar ante vosotros...”

Ahí tenéis al orador; elocuente siempre y siempre inspirado en el más intenso amor a su patria...

* * *

...Dos diferentes especies de amistad albergaba aquel espíritu de *élite*: la amistad del hombre público y la privada.

“El Jefe del Gobierno, en política —decía— no tiene amigos, ni los quiere”.

“La amistad acaba antes que la política o comienza después de la política”. En sus procederes públicos era recto y riguroso, no admitía componendas, quería partidarios, correligionarios, no amigos, sobre la amistad, para él, estaba el deber:

“...en aras del servicio público, me he impuesto la disciplina, el deber y el sacrificio de tragarme mis sentimientos personales, mis inclinaciones y mis devociones más íntimas...”

Pero su criterio era diferente cuando se trataba de sus amigos privados. A ellos les daba su cariño y su devota lealtad; con ellos se sintió reconfortado en los días acibarados de la adversidad.

Cuando una tarde que jamás olvido, lo visité en su apacible retiro de Collonge, en la alta Savoya, para invitarlo en nombre del Presidente Cárdenas a que se radicara en México donde encontraría el cobijo de nuestro cielo esplendoroso y de nuestra amistad fiel, el señor Presidente —todavía lo era— con dignísima nobleza castellana me contestó:

“Imposible señor Ministro, tengo conmigo a buenos amigos que necesitan de mí, no los puedo abandonar a su suerte, no los abandonaré”.

Y yo le contesté en el acto sabiendo que interpretaba el sentir generoso del general Cárdenas:

“Pues vayan todos ustedes a México; todos serían muy bien recibidos.”

“No, señor Ministro, aquí me quedaré mientras ellos se marchan. Yo partiré el último con mi familia y me iré a México... si puedo.”

No pudo. Sus enfermedades lo minaron hasta el agotamiento y se lo llevaron al lugar de honor de los grandes hombres de la humanidad.

* * *

Cuenta la Historia que el león de la tribuna revolucionaria, Mirabeau, escribió a un camarada suyo desde la prisión de Caux: “Hay hombres que es preciso ocupar”, refiriéndose evidentemente a él mismo.

Pues bien, Azaña era de esos hombres que precisaba ocupar por lo mucho que valía, por la utilidad que podía prestar a su patria y a su tiempo. Y la Patria y la Historia lo ocuparon en sus más arduos y trascendentales menesteres para bien de ese ideal que todavía no ha triunfado pero que algún día triunfará en España: la República.

* * *

Mañana, cuando pasen los años que todo lo depuran y justiprecian, cuando la inverecundia y el odio hayan sido sustituidas en España por la concordia, cuando la sangre de los mártires que cayeron por la República haya fecundado las flores que dan la miel de la cordialidad; cuando los hijos y los nietos o bisnietos de los actores de la tragedia que todavía perdura, sean ciudadanos de la flamante España que volverá a ser como antaño Gran Potencia Universal, entonces los historiadores de esos tiempos futuros, los gallardos estudiantes de las Universidades y los prósperos obreros y campesinos de la entonces ubérrima tierra de “Hispania Fecunda”, pronunciarán con respeto y con orgullo el nombre de Manuel Azaña, y dirán Azaña fue la civilización; Azaña fue el mejor orador de nuestra Patria, aquél que en las Cortes constituía por sí solo la mayoría parlamentaria; Azaña fue el apóstol y el mártir de la Democracia y de la República española; su

vida fue un sublime monumento de amor a España. Y el pueblo de ese mañana venturoso dirá y repetirá, con furia y dignidad: "Nuestro lema en la vida será el apotegma del Presidente Azaña: ¡No hay libertad contra la libertad!".

(Fragmentos del discurso del Lic. Isidro Fabela, en homenaje a don Manuel Azaña. México, D. F., a 3 de noviembre de 1950).